

Biblioteca  Era

www.edicionesera.com.mx

CORAL BRACHO

Poesía reunida

[1977-2018]

Ediciones  Era

www.edicionesera.com.mx

De sus ojos ornados de arenas vítreas

Desde la aparición de estos peces de mármol;
desde la suavidad sedosa
de sus cantos,
de sus ojos ornados de arenas vítreas,
la quietud de los templos
y los jardines

(en sus sombras de acanto, en las piedras que tocan
y reblandecen)

han abierto sus lechos,
han fundado sus cauces
bajo las hojas tibias de los almendros.

Dicen del tacto
de sus destellos,
de los juegos tranquilos que deslizan al borde,
a la orilla lenta de los ocasos.
De sus rastros de hielo.

Ojos de piedras finas.

De las sombras que arrojan, del aroma que vierten

(En los atrios: las velas, los amarantos)

sobre el ara levísima de las siembras.

(Desde el templo:
el perfume de las espigas,
las ficciones;
los ciervos. Dicen
de sus reflejos.)

En las noches,
el mármol frágil de su silencio,
elpreciado tatuaje,
sus breves filos

(han ahogado la luz
a la orilla; en la arena)

sobre la imagen tersa; sobre las flamas
tenues
en las praderas.

Sedimento de lluvia tibia y resplandeciente

*“Me senté a recordar
hacia el final del parque
y me vino el recuerdo
como una fiebre de hambre,
pero un recuerdo de éstos, tranquilos,
sin personajes;
un recuerdo de esos que no se miden,
que no se cuentan
y que no saben,
de éstos, oscuros de tanta luz,
vacíos de ser tan grandes.”*

En el fuego del tiempo tu voz es un campo que arde.
Han pasado los días como suben los peces noche arriba,
como vienen a morir de mañana a la luz de los valles;
han tejido sus redes
como largas vendimias,
como hondas y crispadas distancias en el agua.

Y tu voz, y tus ojos,
de pronto se enardecen
como si no fuera otro el cerco, la cauda,
que ese dejar atrás
la infinitud más cierta
en una forma habitual de entrecerrar los ojos
o en otra afluencia cualquiera del cariño;

Porque tu fuego es tierra de mar,
y en tu noche se agolpan
—como un ir y venir de las mareas—
todas las densidades suspendidas
entre un hilo de muerte
y esta pluma que se adelgaza a tu silencio;
silencio de eternidad angosta, de ensanchamiento inerme.

Porque verte morir no son los ojos para abarcarte,
y deslindar tus brazos de la muerte
es como desgajar un lago en dos orillas:
dos imanes que tiran para romperte.

Quiero salir de ti
como nadar al fondo de tus ojos y toparme en la sombra
con tu lento vacío de hierba ardiente,
con tu calma de pájaro extinguido,
débil como la carne.

Porque no sé qué hacer con tanto gesto tuyo,
tanta mirada tuya en mis palabras,
escribo
para que se enardeczan,
para que extirpen,
que arranquen
esta ansiedad de ciervos en tus ojos,
ese estertor marino entre tus labios,
y te devuelvan al torno de silencio
de esta tarde desierta.

*“Hermoso parque, hermosos niños,
hermosa tarde, pero en la banca hay un lugar vacío.”*

Era fácil entonces recordarte; tus palabras provenían de un reencuentro apenas suspendido en un eco de sauces.

“Es como si en los parques no fluyera el tiempo que tanto te angustia, como si ambos, nuevos pensamientos y viejos recuerdos, fueran igualmente frescos y claros, serenos y esperanzados.”

Tu voz era un camino de hiedra desbordada, y el tiempo, un pausado recuento de futuros paisajes, de solitarias aguas iluminadas.

*“Hay también un río, angosto, al fondo,
pero a su orilla no hay sauces;
ni piedras para cruzarlo,
ni piedras para arrojarle.”*

Y yo evocaba tus ojos y entreabría tu mirada como un canto de niños desentraña el silencio; porque ya había silencio en ese abrir de puertas, en ese escudriñar el lenguaje que distienden los parques; un sonido distinto de silencio.

(Después, cuando era finalmente este oleaje, esta evidencia abrupta y prolongada, este vivir el mar a leves sorbos interrumpidos, esa arena espumosa de lo apenas tocado, de lo apenas disuelto.)

Y era como tener los dos un tramo de ese mismo silencio, ese gesto pequeño de la noche como un espejo en el dorso de las puertas, como un caer prematuro en el auge abismal de los acordes.

Tu muerte me sorprende en el mar con los ojos cerrados.

Y era como abrir un murmullo a esa sombra desnuda de los sauces, que despierta en su voz, como una aurora a la noche, el lenguaje de sal que despiden al alba los oleajes. Era esperar los dos en un cuarto pequeño donde el tiempo son puertas y las puertas espejos; tú hablas de algún sueño que las aguas rebasan, que arrastran las mareas desde la playa, te arrebatan, como un último gesto de intentar a nado, de buscar arrancarle al mar, desde el silencio, el cauce distendido que reciba tu cuerpo. Hablas de corredores, de intentar el regreso, y no encuentras el número del cuarto. Yo vislumbro tu voz multiplicada por un eco de espejos. *“Sólo números muy cercanos.”* Tus manos son las llamas de un bosque que se extingue, como un rumor sostiene el calor de la noche. La noche es un reflejo; tu imagen es un eterno decir que sí, que venga, que te acompañe afuera. Hay un ruido de luces que se empalman.

“Sólo números muy cercanos.” Porque el eco es la luz de la distancia, y el cuarto es un fulgor de tierra humedecida, de principio de sal, de sedimento leve y resplandeciente, como abrir la llave del agua y meter la cabeza y de pronto, ya, el mar es una inminencia oscura y enardecida, un profundo rumor de lava que irrumpe desde muy lejos, desde el fondo, como un incendio que crece desde las aguas.

La lluvia es un continuo rondar del tiempo;
Tu voz, un recorrido suave y enceguedido, un encender la luz,
un levantar de golpe las compuertas al fuego.

“¿Por qué entonces las raíces?”

Una mueca furtiva en los espejos.
El cuarto es un refugio de lluvia lenta, de
espacios amplios y tenues,
de leves cauces de voz reverberantes.
Un espejo de sal donde las aguas han cavado un reflujó
de impulsos azogados; donde la noche ha goteado su influ-
jo, lentamente, como un presagio habitual.

En tus labios;

*“en los ojos sólo arena,
arena suave”*

Para que extirpen, que arranquen esta ansiedad de ciervos.

*“de esos niños que no veo”, “cómo pueden ser
los ojos de esos niños que no veo”*

Afuera, la lluvia arrecia.

Las paredes tienen ese margen virtual que las aleja o las mues-
tra con un contorno fugaz de hierba incierta, con un reflejo
de mar.

Tu espacio cálido, intacto.

A veces, el fuego nace de alguna palabra lenta y ensordecida;
entonces, cierro los ojos al recuerdo.

los loros gritan y encienden las estancias, el aire;
en sus jaulas de alambre, en sus redes de alcándaras y
ramajes.

El licor del estío; el aroma incisivo del heliotropo.

Bajo las tablas, el temor y la calma.

Deja que pasen,
deja que inunden con su sombra imprecisa
los resquicios, las fuentes, los piracantos,
deja que impregnen su ansiedad de batracios
en las baldosas tibias.

Savia de lirios. Desde este
rumor huidizo.

Las tardes brotan de los vapores
en la terraza. Las noches mecen la flama.
De aquí: los arcos,
los algarrobos
y los delirios.

(Observaciones)

Ya no puede pedir
que la quieran. ¿Pero quién puede
pedir que lo quieran?
Ni que se sienten a su lado a esperarla.

La vida se escabulle
con todos los gestos,
con todos los recuerdos, con toda la fuerza
medular, la belleza,
que se han hundido con ella. Hace años
que no habla.
¿Cómo piensa? ¿Cómo liga los difusos, desiguales
trayectos de estar ahí? ¿Y tú? –me preguntó una vez–

¿Cómo le haces
para saber?

No me molesten

No me molesten

porque ese nudo
en la garganta

es árbol. Otro
no sé.

Y la rondana prístina y oscura
a la vez,
como el principio
y final del túnel.

El tren corre en los dos sentidos,
como transcurre el río, bajo contornos de olas
que se entrecruzan:
Peces que se enfrentan
y saltan, unos
sobre los otros.

–Una tortuga
de dos cabezas
lo sostiene en su fondo:
con una
voltea hacia arriba;
con la otra
nos ve.